

LA PLAZA MAYOR DE LIMA, EL OCASO DE UN SÍMBOLO¹

Sandra Negro

1. Fundación y trazado de la ciudad.

La llegada de los conquistadores españoles, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, al actual territorio político del Perú se produjo en 1532. Poco después, capturaron en la localidad de Cajamarca —situada en la porción norte de los Andes peruanos actuales— a Atahualpa, descendiente de una esposa secundaria del inca Wayna Qhupac, que intentaba alcanzar el poder mediante una revuelta. A cambio de su vida y libertad ofreció “[...] *dies mil tejuelos de oro e tanta plata en vasijas que se vastase a henchir una casa larga que allí estava [...]*”² Cuando el tesoro había casi sido completado, el temor y desasosiego cundió entre los españoles, quienes tenían noticias que sus ejércitos se estaban preparando para liberarlo. Frente a esta nueva situación, fue sumariamente acusado de rebelde, hereje, adúltero (porque tenía esposas secundarias), homicida (ya que había mandado asesinar a su medio hermano Huáscar) y de conspirar contra los españoles. Fue enjuiciado, hallado culpable y en breve ajusticiado.

Al año siguiente, Pizarro acompañado por una escolta militar, inició su ansiado viaje a través del Cápac-ñan o camino inca de los Andes hacia el Cusco, donde de acuerdo a las noticias que se tenía por entonces, era una ciudad colmada de oro y riquezas. Durante el recorrido, percibió la importancia geopolítica de la hoya del río Mantaro en la cordillera central, optando por establecer una población de españoles en las proximidades de un poblado de indios llamado Hatun Xauxa³. En octubre de 1533 estableció la villa, con la intención de dejar en ella un contingente de españoles para que la poblara. Desafortunadamente ninguno deseaba quedarse, ya que todos estaban anhelantes de marchar hacia la conquista del Cusco, centro político y religioso del Tawantinsuyu. Descorazonado, vio que no había otra alternativa que dejar en ella solamente una pequeña guarnición militar, bajo el mando de Riquelme, en calidad de teniente gobernador⁴.

El 14 de noviembre de 1533, bajando por el cerro de Carmenca, Francisco Pizarro ingresó victoriosa y pacíficamente al Cusco, ya que la ciudad se hallaba prácticamente deshabitada. Los pobladores vinculados con la nobleza y aristocracia incaica, habían abandonado precipitadamente la ciudad sagrada al conocer la

¹ Este texto ha sido publicado con el título de “La plaza mayor de Lima”, en el libro *La plaza mayor de Las Palmas de Gran Canaria y las plazas mayores Iberoamericanas*, que fue editado con ocasión del seminario sobre el tema realizado en Las Palmas de Gran Canaria los días 6, 7 y 8 de octubre de 2009. ISBN 978-84-92532-51-3.

² Pedro de Cieza de León, 1987, tercera parte: 142.

³ Pizarro instituyó la villa de Jauja, sin que haya llegado a nosotros el día de la fundación, el acta y los testigos. Cuando mucho debió organizar el primer Cabildo, dejando la plaza fuerte con una guarnición de cuarenta peones y otros tantos españoles al mando de Alonso de Riquelme. José Antonio del Busto, 1978:139.

⁴ Raúl Porras Barrenechea, 1940-1950: 117 a 148.

inminente llegada de los conquistadores. La ceremonia fundacional, a la usanza castellana, se llevó a cabo el 23 de marzo de 1534⁵. De inmediato fue instalado el primer Cabildo y se repartieron rápidamente los palacios, bienes y tesoros pertenecientes a las *panacas*⁶ incaicas.

Sin embargo, no hubo mayor tiempo para los conquistadores de disfrutarlos. A los pocos días, llegó al Cusco el capitán Gabriel de Rojas con noticias alarmantes. Mientras se encontraba en Nicaragua, para reunir hombres de armas y bastimentos de refuerzo, para ultimar la conquista de las ricas tierras del Tawantinsuyu, supo que el adelantado Pedro de Alvarado, estaba preparando una poderosa expedición para invadir los territorios que la corona española había concedido a Pizarro⁷.

Apenas supo de la amenaza, Francisco Pizarro retornó por el camino de los Andes, para cerciorarse de inmediato acerca del curso de los acontecimientos y la efectividad de la expedición usurpadora. Al llegar a Jauja, decidió fundar la villa cuyo poblamiento había fracasado unos meses antes. La ceremonia se llevó a cabo el 25 de abril de 1534, dedicándola a Nuestra Señora de la Concepción. Los solares fueron repartidos entre los cincuenta y tres vecinos empadronados. Contemporáneamente a su salida del Cusco, había instado al capitán Diego de Almagro para que localizara a Pedro de Alvarado. Este se desplazó presuroso hacia la costa, donde presuntamente había sido avistado en varias ocasiones. A pesar de constituir una grave amenaza, la situación se resolvió pacíficamente ya que una vez interceptado, Almagro negoció con Alvarado para que desistiera de sus incursiones. El pacto quedó sellado con un acuerdo suscrito en Riobamba en agosto de ese mismo año⁸.

Mientras tanto, la recién estrenada villa de Jauja no conseguía salir adelante. En una reunión del Cabildo, llevada a cabo el 28 de noviembre de 1534, los regidores Juan Mogrovejo de Quiñones, García de Salcedo, Rodrigo de Mazuelas y Gregorio de Sotelo, recogieron el descontento de los vecinos. Muchos de ellos tenían sus repartimientos de indios en los llanos, a más de 200 km. a través de caminos ásperos y difíciles. Los argumentos esgrimidos fueron, que debido a la altura no se criaban bien los animales que los españoles habían recientemente introducido y que además el paraje era muy frío y escaso de leña.

⁵ José Antonio del Busto, 1978: 65.

⁶ La *panaca* era un grupo de parentesco extendido, formado a partir de un Sapa Inca e integrado por todos sus descendientes, exceptuado a aquel que quedaba convertido en gobernante, quien debía abandonar la *panaca* paterna y formar la propia. Entre las obligaciones de las *panacas* se hallaba la de preservar la memoria del Inca a través varias fuentes: cantares, pintura sobre vasos ceremoniales, quipus y otros. Debían además cuidar y honrar la momia del soberano fallecido y administrar sus tierras y otros bienes. María Rostworoski, 1988: 36.

⁷ Pedro de Cieza de León, 1987: 253.

⁸ En el acuerdo consentido en Riobamba (actual Ecuador), Almagro ofreció compensar a Alvarado con 100,000 pesos por la renuncia de este último a sus aspiraciones de conquista. Contemporáneamente, Alvarado se comprometió a la venta de sus embarcaciones, armas y caballos. Sellado el pacto, ambos viajaron hasta el centro ceremonial prehispánico de Pachacamac, situado en la costa central del Perú. Llegaron el 1 de enero de 1535, siendo recibidos por Francisco Pizarro quien entregó en efectivo del monto pactado. Teodoro Hampe, 1993: 70.

Estos motivos fueron meramente una excusa, utilizada para solicitar que la villa fuese mudada hacia la costa, con objeto de estar más cerca de sus repartimientos. Pizarro en su calidad de gobernador de las provincias de Nueva Castilla, se vio obligado a aceptar el requerimiento de mudarla hacia las llanuras próximas al mar. Mientras tanto, para aplacar los ánimos, había autorizado a todos aquellos vecinos que tuviesen repartimientos de indios en los valles y llanuras aledañas, bajasen a poblar el asentamiento de Sangallán, en la costa del actual departamento de Ica. Algunos así lo hicieron y una vez llegados al valle de Pisco, entre septiembre y diciembre de 1534, comenzaron a edificar sus viviendas. Los pocos pobladores quedaron protegidos por una corta guarnición militar al mando de Nicolás de Ribera el Viejo. A finales de 1534 Pizarro se desplazó hacia la costa, dirigiéndose a Pachacamac —influyente centro ceremonial y oráculo, situado a corta distancia de la desembocadura del río Lurín— para reunirse con Diego de Almagro y Pedro de Alvarado que estaban llegando de Riobamba.

Una vez disuelto el desafío planteado por Alvarado el 1 de enero de 1535, Pizarro tomó conciencia de las amenazas latentes provenientes desde el mar. Esta eventualidad lo hizo percatarse de la urgente necesidad de contar con una ciudad portuaria defendida militarmente. Para cristalizar este proyecto, encargó a varias “[...] *personas cuerdas, que sepan y entiendan las calidades y disposición de tierras en que conviene tener dicho asiento*”⁹, la exploración de las comarcas aledañas al centro ceremonial de Pachacamac. El nombramiento recayó en Ruy Días, Juan Tello y Alonso Martín de Don Benito, quienes habían estado presentes en la fundación de muchos pueblos y contaban con los conocimientos necesarios para buscar el sitio idóneo.

En el Libro Primero de Cabildo de Lima, figura el testimonio de Juan Tello quien reseña “[...] *que ha seys días que lo andan myrando por toda la tierra e alrededor del pueblo de Lima e que le parece quel acyento para hazer el dicho pueblo que se a de fazer estara muy bien en el acyento de Lima por que la comarca es muy buena e tiene muy buena agua e leña e tierra [...]*”¹⁰. Sus compañeros tuvieron opiniones similares, aseverando bajo juramento que era un valle excelente, con buenos aires, abundantes tierras, leña, agua y con un puerto natural a corta distancia.

Apenas tuvo noticias del sitio propuesto, Pizarro partió de inmediato para conocerlo, ya que estaba situado tan sólo a 30 km. al norte de Pachacamac. Cuando vio el lugar lo consideró óptimo, decidiendo fundar allí la naciente ciudad marítima. De inmediato convocó a los militares que había dejado en Sangallán —localizado a unos 200 km. al sur— haciéndole saber a los habitantes que allí se hallaban, así como aquellos que deseaban mudarse de Jauja, que podían venir para avecindarse en la ciudad que estaba a punto de fundar.

⁹ Bernabé Cobo, 1882: 14.

¹⁰ Enrique Torres Saldamando, 1888, tomo I: 8.

El emplazamiento escogido dentro del valle se situaba en la margen izquierda del río Rímac¹¹, en tierras pertenecientes al curaca Taulischusco, quien desde el primer contacto con los españoles demostró buena disposición¹². El valle no formaba por entonces un único señorío, sino que estaba compuesto por varios curacazgos, cada uno de ellos con sus propias tierras, divididas en porciones para los curacas, el Inca, el Sol y las numerosas huacas veneradas en la región, así como aquellas tierras de los hombres del común¹³.

El 18 de enero de 1535, Francisco Pizarro fundó la ciudad de los Reyes en el valle bajo de Lima, a unos cien pasos de la ribera del río. El nombre impuesto se debió a la elección del sitio en el día de memoria y devoción de los Magos de Oriente. Si bien este nombre fue comúnmente utilizado en los documentos oficiales, en el habla común la ciudad siempre recibió el apelativo de Lima¹⁴.

Diversos cronistas refieren que el gobernador Francisco Pizarro mandó dibujar la planta de la ciudad en papel, con las medidas de las calles y manzanas. El diseño propuesto fue el de una cuadrícula regular, con trece manzanas orientadas de noreste a suroeste, y nueve manzanas en el sentido opuesto. Esto generó en la traza fundacional un conjunto de ciento diecisiete manzanas iguales, las cuales corrientemente se denominaron *cuadras*¹⁵. Cada una fue dividida en cuatro solares idénticos. En el señalado croquis, hizo escribir el nombre de cada poblador empadronado en un solar, otorgando dos solares solamente a los beneméritos de la conquista.

El trazado en cuadrícula retomaba la propuesta general de otras ciudades hispanoamericanas, inspiradas en los diseños de los campamentos militares romanos y en el ideal de ciudad cristiana difundida ampliamente a finales del Medievo. Cada

¹¹ En varios documentos del siglo XVI ubicados en el Archivo General de la Nación en Lima, aparece consignado con el nombre de Lima o Limac, un valle con su correspondiente río y un curacazgo allí asentado. El término Rímac apareció posteriormente y corresponde a la fonética andina de la lengua. María Rostworowski, 1978:49.

¹² Si bien a través de las décadas se ha especulado en torno a la posibilidad que la ciudad de los Reyes o Lima, fue trazada encima de edificaciones de uso ceremonial, pertenecientes al curacazgo de Lima, los documentos de archivo compulsados hasta el presente por varios investigadores, no hacen la menor referencia a la existencia de tales edificaciones. Las exploraciones arqueológicas llevadas a cabo en los frentes de la plaza mayor, correspondientes a la catedral y al antiguo palacio de los virreyes, no han arrojado hasta el presente evidencia alguna de edificaciones o material arqueológico prehispánico consistente con un centro ceremonial o con arquitectura habitacional.

¹³ Archivo General de Indias (en adelante AGI). Lima, 204, f. 26v.

¹⁴ Bernabé Cobo, 1882: 24.

¹⁵ De acuerdo a lo expresado por Juan Bromley y José Barbagelata (1944: 51), el esquema que contenía el trazado primigenio de la ciudad de Lima, aparentemente se extravió en el siglo XVIII. El plano más antiguo existente se halla en el Archivo General de Indias y se trata de un dibujo de 1611, mandado hacer poco después de la inauguración del puente de piedra que comunicaba la ciudad con la margen derecha del río Rímac. Se trata de un trazado que no correspondía con la realidad, es especial el sector de la margen derecha del río Rímac, donde se situaba la leprosería de San Lázaro y la alameda —inaugurada en 161— que conducía hasta la Recolectión de Nuestra Señora de los Ángeles. Desde este ensanche, trazado con posterioridad a la traza fundacional, se accedía al camino real que conducía hacia la villa de Trujillo (560 km. al norte de Lima) y también a las Pampas de Amancaes, área de lomas que reverdecían durante los meses invernales y que servía para el esparcimiento de los pobladores urbanos. AGI, MP-Lima y Chile, 6.

manzana fue planificada como un cuadrado perfecto, con 450 pies de lado (equivalentes a 125.37 m.), lo cual generó cuadras de 15,717 m². Las calles fueron planteadas rectilíneas y todas con un único ancho de 40 pies (equivalentes a 11.14 m.), lo cual reitera el criterio y razonamiento militar propuestos en el diseño. La orientación de la ciudad, de noreste a suroeste, facilitaba que los vientos alisios provenientes del sur, no enfilaran directamente sus las calles¹⁶.



Plano de la ciudad de Lima a mediados del siglo XVIII. Segundo dibujo del Fray Pedro Nolasco Mere (1685) y que los viajeros Jorge Juan y Antonio de Ulloa, previo agregado del barrio del Rímac, publicaron en 1748. Imagen: Juan Gunther, 1983- Lámina 5. Leyenda: 1) plaza mayor, 2) palacio del virrey, 3) catedral, 4) cabildo, 5) portal de botoneros, 6) puente sobre el río Rímac de 1609, 7) Leprosería e iglesia de san Lázaro y 8) plaza de la reducción de indios de Santiago del Cercado, recortado por la edificación de las murallas entre 1684 y 1687.

Una vez realizado el trazado físico de sus manzanas y calles “a regla y cordel”, se procedió con el repartimiento de los solares a los primeros sesenta y nueve vecinos. De este total, doce asistieron al acto fundacional, mientras que treinta llegaron de Sangallán y otros veintisiete arribaron procedentes de Jauja. Los recién estrenados moradores estaban obligados a cercar su solar y habitarlo en el término de un año¹⁷.

¹⁶ Las Ordenanzas vigentes señalaban que si una población se erigía junto a un río, el trazado estuviese dispuesto de forma tal que el sol iluminase primero la villa y después el río, situación que no se dio en el caso de Lima, donde se tomó en cuenta como factor preponderante la proveniencia de los vientos. *Monografías Históricas sobre la ciudad de Lima*, Tomo 1, 1935: 402.

¹⁷ María Antonia Durán, 1978: 85.

Aquellos lotes no repartidos por falta de pobladores fundacionales, quedaron en manos del Cabildo. Este pasó a administrarlos y eventualmente a otorgarlos a quienes lo solicitaran. En este momento inicial hubo un considerable número de solares no ocupados, que fueron entregados temporalmente para huertas de los españoles y ranchos de indios de su servicio¹⁸. El espacio comprendido entre el trazado en damero y el río quedó para el ejido, si bien casi de inmediato comenzó a ser edificado. A partir de 1542 con el establecimiento del virreinato del Perú, la ciudad pasó a ser su flamante capital.

2. La plaza mayor en los siglos XVI al XVIII.

Dicho espacio se generó otorgando la función de espacio público a la manzana del baricentro de la cuadrícula, práctica consuetudinaria en el trazado de las ciudades hispanoamericanas. Si bien lo usual era situar la plaza en el centro de la trama urbana, aquí se optó por desplazarla hacia el norte, emplazándola a corta distancia del río, separada de este solamente por una hilera de manzanas y el corto espacio del ejido. Esta opción denota claramente la influencia militar de los tempranos trazados urbanos ibéricos, donde el control de las fuentes de abastecimiento de agua era de vital importancia en una etapa atestada de incertidumbres.

Sus dimensiones fueron importantes, generando un cuadrado de quinientos treinta pies de lado (147.65 m). El cronista Bernabé Cobo reseñaba que “[...] es la mas capaz y bien formada que yo he visto, ni en España”¹⁹. Desde el momento mismo de la fundación, fue el centro del poder político y religioso del virreinato del Perú, sin dejar de lado su significado simbólico y la gran capacidad de convocatoria que mantuvo a lo largo de los siglos. En los solares de su contorno, fueron edificadas las Casas Reales en la manzana orientada hacia el norte, mientras que la Catedral, el Sagrario y el Palacio Arzobispal ocuparon el lado este. Las Casas del Cabildo fueron levantadas en la cuadra del lado oeste²⁰. La manzana restante rápidamente fue ocupada por numerosas oficinas de mercaderes, así como tiendas de sombrereros, sederos y gorreros²¹.

A mediados del siglo XVI la plaza mayor era un gran espacio abierto, con suelo de tierra apisonada y sin equipamiento urbano alguno, a excepción de la picota que

¹⁸ “[...] como todavía quedaban dentro de la tierra muchas cuadradas vacías [...] pues solo al capitán Francisco de Chavez dio para rancharía y asiento de sus indios diez solares, sin los que se le dieron para huerta, como parece por el registro de la fundación [...]”. Bernabé Cobo, 1882: 43.

¹⁹ Idem: 55.

²⁰ En 1573 las Ordenanzas otorgadas por Felipe II, intentaban organizar las marcadas disparidades existentes en el urbanismo hispanoamericano, el cual hasta entonces había sido legitimado por la corona años después de la ejecución de las trazas y soluciones fundacionales. Por ejemplo, en la Ordenanza N° 26, se mandaba que los solares alrededor de la plaza mayor no podían estar en manos de particulares y que en ellos debían edificarse la iglesia, Casas Reales y otras propias de la ciudad, así como tiendas y casas para tratantes. Evidentemente en el caso de Lima, esta disposición resultó imposible de aplicar, ya que además de los fines señalados, había un considerable número de viviendas tanto de beneméritos y nobles que se erigían al lado de casas más modestas de comerciantes y mercaderes. Jaime Salcedo, 1990: 68.

²¹ Esta manzana estuvo dividida en dos porciones por un estrecho pasaje denominado callejón de Petateros (actual Pasaje Olaya), el cual facilitaba el acceso hacia la calle de Plateros (actual jirón Ucayali). A ambos lados de este callejón florecían las tiendas de mercaderes. Bernabé Cobo, 1882: 55.

había sido clavada al centro por el fundador Francisco Pizarro, como testimonio de posesión y símbolo de justicia. Con la llegada del virrey Diego López de Zúñiga y Velasco, conde de Nieva (1561-64), la picota fue retirada de su emplazamiento original y trasladada a la parte posterior de las Casas Reales. El motivo señalado era la urgencia de contar con una pila en el centro de la plaza, con la finalidad de abastecer de agua limpia a los moradores de la ciudad²².

El virrey dispuso al mismo tiempo, que a lo largo del frente de la plaza ocupado por el Cabildo y otras edificaciones, así como en aquel situado frente a las Casas Reales, se erigiesen portales con arquerías de ladrillos soportadas por pilares. Si bien el objetivo propuesto era facilitar el tránsito peatonal alrededor del espacio público que era la plaza, éstos complementariamente impulsaron una intensiva vocación comercial.

Los vecinos que se asentaron en los primeros lustros, se abastecieron del agua proveniente del río Rímac, la cual se distribuía a través de varias acequias. Una de ellas transitaba paralela a las Casas Reales, mientras que la otra hacía lo propio frente a las Casas del Cabildo. A mediados del siglo XVI el cronista Pedro de Cieza de León, al describir Lima señalaba que:

“[...] en ella ay buenas casas, y algunas muy galanas con sus torres y terrados, y la plaça es grande, y las calles anchas. Y por todas las mas de las casas pasan acequias, que no es poco contento: del agua dellas se sirven, y riegan sus huertas y jardines, que son muchos frescos y deleitosos [...]”²³

Si bien las acequias eran imprescindibles para el uso doméstico, regar las huertas —las cuales eran frecuentes en los solares urbanos que todavía no habían sido ocupados— y hacer funcionar los diversos tipos de molinos que había en la periferia de la ciudad, las dificultades que generaron fueron significativas. Aunque estas existían desde tiempos prehispánicos, a partir de la fundación de Lima fueron canalizadas y cubiertas por tramos con losas, cuando discurrían por la plaza mayor y las calles de la ciudad. No obstante, su caudal era bastante irregular y con frecuencia se desbordaban, llegando a dañar las casas de los vecinos, que habían sido edificadas privilegiando el uso de los adobes y los enlucidos de arcilla.

El creciente número de pobladores, generó la impostergable necesidad de disponer de agua adecuada al consumo humano y paliar así las enfermedades generadas por ingerir el agua proveniente del río. El virrey conde de Nieva, mandó buscar un manantial en las inmediaciones de la ciudad, para solucionar el problema del abastecimiento de agua. Al poco tiempo fueron localizados río arriba, un conjunto de veneros situados en un paraje llamado Cacahuasi, distante aproximadamente tres cuartos de legua de la plaza mayor. De inmediato, comenzaron los trabajos del acueducto de cal y ladrillo, el mismo que concluyó más de una década después,

²² Algunos años más tarde, la picota fue reubicada en el lado sur de la plaza mayor, en el callejón de la Cruz o de Petateros. En 1688, el virrey Pedro Antonio Fernández de Castro, conde de Lemos, dispuso que esta fuera trasladada a la plazuela de santa Ana. No obstante, al año siguiente, fue regresada por razones de practicidad, a su primitiva ubicación en Petateros. Juan Bromley, 2005:26.

²³ Pedro de Cieza de León, 1984: 212.

debido al alto costo de las obras. El agua proveniente de los manantiales, fluyó el 21 de diciembre de 1578 en la pila con forma de torre cuadrada y edificada con ladrillos en el centro de la plaza mayor. Por entonces gobernaba el virrey Francisco de Toledo, conde de Oropesa²⁴. Fue un día de gran significación, el cual se tradujo en júbilo e innumerables fiestas públicas.

La pila permaneció en uso durante setenta y dos años. El Cabildo había discutido en varias ocasiones la necesidad de reemplazar la pila de obra firme, que se hallaba bastante maltrecha por el constante tránsito de los aguateros. No obstante, la falta de medios económicos previno la ejecución del proyecto. En 1650, el virrey García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, encargó la fuente en bronce al fundidor Antonio Rivas, inaugurándose un año más tarde, el 8 de septiembre de 1651²⁵.



La plaza mayor de Lima graficada por Juan Mauricio Rugendas en 1863. Se puede observar la pila de bronce al centro de la plaza, y al fondo el frontispicio de la catedral. En un día festivo, tanto la plaza como los portales en sus lados sur y oeste, eran el lugar de interrelación social obligada, para mantenerse informado de los más recientes acontecimientos. Imagen publicada por Carlos Milla Batres, 1975: lámina 61.

La plaza mayor fue desde el momento de la fundación y a lo largo de todo el periodo virreinal, el hito y núcleo urbano con mayor significación en la ciudad. Era el lugar de reunión por excelencia y esto motivaba que en ella se desarrollaran todo tipo de funciones, desde las ceremoniales y festivas, pasando por las de comunicación,

²⁴ Bernabé Cobo, 1882: 66.

²⁵ “[...] corrió el agua viernes ocho del dicho mes [septiembre]; y cuando empezó a correr, no corrían los cuatro leones, ni tampoco los dos pilones de hacia Palacio. Y luego los aderezaron y corrieron por todas las figuras para cuando vino el S. Conde de Salvatierra del Callao de despachar la armada del año de mil y seiscientos y cincuenta y uno”. Josephe de Mugaburu y Francisco de Mugaburu, tomo II, 1935:16.

mercado y todo tipo de comercio. Fue además el referente para establecer el valor de los predios urbanos, los que iban perdiendo valor económico a medida que se alejaban de la plaza mayor.

En relación a los usos vinculados con la celebración de festividades laicas, destacaba por su importancia política, el recibimiento de los virreyes. Al conocerse la noticia que un nuevo virrey estaba en camino, se preparaba la ceremonia con mucha antelación. El 20 de mayo de 1556, con ocasión de la llegada a Lima del virrey Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, se ordenó a todos los vecinos que por la noche pusieran luminarias en sus casas y salieran los caballeros por las calles con hachas de fuego en señal de alegría. A los mercaderes se les instó a que “[...] *aderesçen la plaça y gradas della donde tienen sus contrataciones y a la entrada de la dicha plaça hagan [...] un arco triunfal como por tal resçebimiento se requiere [...]*”²⁶.

Otras fiestas oficiales que merecían grandes preparativos en la plaza, eran la bienvenida dispensada a los arzobispos y al nacimiento de infantes de ascendencia real, más aun si eran los herederos al trono. En estas ocasiones los músicos acompañaban al pregonero que difundía la buena nueva, había repique de campanas, procesiones alrededor de la plaza mayor, fiesta de toros, juegos de cañas y alcancías. Por las noches, la celebración continuaba con el desfile de caballeros con hachas encendidas —ritual que fue conocido popularmente con el nombre de “*encamisadas*”— juegos de luminarias y fuegos de artificio²⁷.

En contraposición a las fiestas de exaltación y regocijo, la plaza mayor fue escenario de importantes fiestas luctuosas, llevadas a cabo cuando llegaba la noticia a Lima de la muerte de algún miembro de la casa real. Las celebraciones duraban varios días y el pregonero difundía la orden del virrey, para que todos los miembros de la Real Audiencia y del Cabildo llevaran luto estricto, disposición que era acatada por todos aquellos habitantes que deseaban asistir a las exequias fúnebres. Se llevaban a cabo procesiones por las calles de la ciudad, con los dolientes portando velas blancas encendidas. La fiesta llegaba a su punto culminante al entrar las procesiones luctuosas a la plaza mayor e ingresar a la catedral, cuyo frontispicio estaba cubierto por paños negros. Estos recubrían también los retablos al interior del templo, así como todo el piso. Dentro de la catedral se exhibía un túmulo funerario de arquitectura efímera, de considerables dimensiones, con un catafalco o tumba simulada, generalmente situado en el segundo cuerpo del túmulo. El conjunto estaba profusamente exornado con ornamentaciones mortuorias, acompañadas por inscripciones fúnebres²⁸.

Lima, al igual que cualquier otra ciudad del mundo hispánico, estaba regida por un complejo calendario litúrgico, con continuas celebraciones religiosas que marcaban el equilibrio de la moral en la sociedad. Adicionalmente, dichas fiestas siempre tuvieron

²⁶ Libros de Cabildo de Lima, Tomo IV, 1534-1824: 419.

²⁷ Rafael Ramos, 1992: 89.

²⁸ A manera de ejemplo, tenemos una detallada descripción de las ornamentaciones e inscripciones de tales túmulos funerarios, en la carta del gobernador del obispado de Huamanga don Diego Verdugo, al vicario de Vilcas, Huamanga, el 4 de noviembre de 1621. AGI, Lima 308. Véase también Ricardo Estabridis, 1998: 33-66.

una significativa carga doctrinal y pedagógica, debido al arduo y complejo proceso de evangelización de los naturales, así como la catequesis de los esclavos negros que habitaban en la ciudad.

La plaza mayor de los Reyes fue el escenario donde se llevaron a cabo demostraciones públicas de profunda y permanente fe cristiana. Tales fiestas con frecuencia solían comprender la noche de vísperas, con fuegos y luminarias, seguidas al día siguiente por procesiones que transitaban por las calles de la ciudad y en la cual participaban todos los estamentos, clases y castas sociales, los miembros de los diversos gremios u oficios, así como las cofradías de indios, negros y mulatos con sus danzas. El punto culminante era el ingreso de las procesiones a la plaza mayor, momento en que la fiesta adquiría un tono más solemne, instrumentalizado a través de diversos actos litúrgicos en la catedral.

Éste espacio fue también el de los autos de fe, acontecimiento que conmovía a todos los habitantes de la ciudad. En tales ocasiones, el espacio quedaba transformado en un imponente teatro, con tablados para las autoridades y el cadalso para los reos. La fiesta era anunciada con pregones por toda la ciudad y a ella asistían el virrey, inquisidores, miembros de la audiencia, del cabildo eclesiástico, cabildo secular y demás autoridades. Esta comenzaba la víspera, con una grandiosa procesión que salía de la capilla del Tribunal de la Santa Inquisición. Al frente iba un religioso portando el Crucificado. Al llegar a la plaza, la cruz era hincada en el altar construido para tal fin y era velada por religiosos durante toda la noche. Al amanecer, comenzaba el auto sacramental con el solemne juramento de defender la fe, seguido de un sermón edificante, al final del cual se daban a conocer las causas y sentencias de los acusados. Su significación simbólica era elocuente y abrumadora.

Otras fiestas religiosas que involucraron el uso de la plaza mayor, fueron aquellas celebradas con ocasión de las beatificaciones y canonizaciones de santos. Entre ellas tuvo relevancia especial la beatificación de Santa Rosa de Lima en 1668²⁹, ya que se trataba de la primera mujer predestinada a los altares en el virreinato del Perú. La connotación triunfante del cristianismo a lo largo de la fiesta fue inconmensurable.

Menos frecuentes, pero de profunda significación social, fueron las fiestas dedicadas al desagravio de una profanación eucarística. Estas comenzaban a partir de la invocación hecha por algún miembro del clero, la cual generaba una inmediata adhesión de la entera población de la ciudad. Paulatinamente, los habitantes se sumaban espontáneamente a procesiones con ribetes de piedad popular, que involucraban el fervor masivo en todos los niveles sociales. El momento culminante era siempre la llegada a la plaza mayor, donde quedaba evidenciado el respeto y la reverencia que se tenía por el sacramento eucarístico³⁰.

²⁹ Si bien santa Rosa fue beatificada en Roma por el Papa Clemente IX, el 12 de febrero de 1668, las fiestas en Lima recién comenzaron en diciembre de ese año, cuando se conoció la noticia por cartas de la audiencia de Quito. El 18 de enero de 1669, llegó a Lima el aviso desde España con el Breve Papal y de inmediato comenzó una fiesta religiosa, la misma que se prolongó durante una semana con gran número de procesiones. Ramón Mujica, 2005: 60-62.

³⁰ Sandra Negro, 2009: 24-26.

El uso de la plaza mayor para las fiestas religiosas, coexistía el más informal y escasamente protocolar de las fiestas populares. Constituían el reverso profano de las celebraciones. En Lima, la plaza se transformaba en un espacio lúdico con la fiesta de toros³¹, representaciones teatrales, juegos de cañas, cabalgatas de caballeros, expendio de comidas y bebidas, para concluir cada noche con vistosos fuegos de artificio. Los motivos de tales celebraciones eran muy diversos e iban desde sucesos vinculados con la familia real, la entrada de virreyes, de arzobispos, de embajadores, festividades religiosas y otros diversos. En la mayor parte de estas fiestas era necesaria la colocación de graderías o tabladros de madera, con asientos que eran alquilados por el Cabildo. La disposición de dichos entablados era análoga a la usanza común por entonces en Madrid³². Adicionalmente estas fiestas eran contempladas desde los balcones adosados a las edificaciones que rodeaban la plaza, excepción hecha del frente de la catedral. En ciertas ocasiones los pobladores se arracimaban sobre los techos, hasta que a mediados del siglo XVII el Cabildo lo prohibió, debido a que el peso excesivo había generado más de un desplome de la estructura subyacente.

Dichas fiestas podían durar un día o varios, prolongándose excepcionalmente hasta por una semana. En tales ocasiones, la plaza cambiaba totalmente de aspecto, convirtiéndose en una imagen fastuosa, espléndida y en ocasiones exótica y hasta extravagante. Una muestra la tenemos cuando en noviembre de 1630, se llevaron a cabo las celebraciones en honor al nacimiento del príncipe Baltasar Carlos, hijo del rey Felipe IV e Isabel de Borbón. Durante el cuarto día de festejos, la plaza “[...] amaneció en medio hecho un bozque de arboles que mandaron plantar los mercachifles de los caxones, para celebrar su fiesta y representar el bosque de Colcos, adonde Jasson fue con la Nao Argos a la Conquista del Vellochino de Oro”³³.

En determinadas circunstancias, las fiestas transformaban la plaza en un escenario mágico, con castillos o fortalezas efímeras. Durante ciertas representaciones teatrales puntuales, se hacían circular galeras con forzados que remaban para escenificar batallas navales. Con frecuencia, ricos y aderezados carruajes alegóricos, transitaban por la plaza. En cierta festividad, los bodegueros y pulperos, pusieron una pila de la que brotaba vino desde la mañana, hasta la hora de la oración. Por las tardes y noches, eran frecuentes los toros “[...] con un enjalma que tenía artificio de fuego en las astas”³⁴, costumbre que perdura al presente en fiestas populares andinas con el nombre de “toros embolados”. Finalmente, los espectáculos de luminarias eran comunes, ya sea con las “encamisadas”, los fuegos encendidos en las puertas de las casas y en los balcones, a base de recipientes con sebo o alquitrán, o con los inventos de fuegos artificiales que encendían el cielo de luces y colores.

³¹ Los toros continuaron siendo un espectáculo que se llevaba a cabo en la plaza mayor hasta 1768. En dicho año y bajo el gobierno del virrey Manuel de Amat y Junient, fue inaugurada la plaza de toros en Acho, paraje situado en la otra margen del río Rímac, donde perdura hasta el presente.

³² Josephe de Mugaburu y Francisco de Mugaburu, tomo II, 1935:119.

³³ Juan Antonio Suardo, tomo I, 1935: 91.

³⁴ Josephe de Mugaburu y Francisco de Mugaburu, ob.cit. p. 33.

Si bien podemos afirmar que durante las distintas fiestas, el apasionamiento barroco en la plaza mayor alcanzaba ribetes de exaltación, en los días laborales este espacio público no se hallaba en calma, ya que bullía de actividades comerciales y mercantiles. El mercado, que ocupaba más de la cuarta parte de la plaza mayor, se hallaba frente a la catedral. Era conocido con el apelativo de “tianguéz” y con menos frecuencia con el de “gato”³⁵. Hacia 1613 hay referencias a las “indias gateras”, que vendían sus productos en la plaza³⁶. Si bien aquí se comercializaba todo género de frutas y viandas, el expendio de carne procedente de vacunos, ovinos y caprinos estaba estrictamente prohibido. Esta se vendía solamente en rastros, situados en la otra ribera del río y durante determinados días de la semana. Otros productos cárnicos como el tocino, las menudencias de cerdo, las aves de corral y el pescado, se ofrecían expuestos sobre mesas o tablas en el tianguéz y a veces en las calles aledañas a la plaza.



La venta de productos en mesas improvisadas, cestos en el suelo y platones con alimentos ofrecidos al paso, continuaba bien entrado el siglo XIX, tal y como se muestra en esta acuarela de Leonce Angrand de 1837, titulada *vendedoras de bizcochuelos y de flores*. Imagen publicada por Carlos Milla Batres, 1972: lámina 11.

³⁵ El apelativo de “tianguéz” tiene su origen en la palabra náhuatl *tianquiztli*, que significaba mercado ferial. Fue traída al Perú por los conquistadores españoles. En cuanto a “gato” se trata de una corrupción de la palabra quechua *catu*. Según el *Lexicon o Vocabulario de la Lengua General del Perú* de Fray Domingo de Santo Tomás (Valladolid, 1560) *catu* (en plural *catucona*), es el “mercado, lugar donde se merca”. Diego González Holguín, en su *Vocabulario de la Lengua General de todo el Perú, llamada Lengua Quichua o del Inca* (Lima, 1608) define el *katu* como “mercado de cosas de comer”.

³⁶ María Antonia Durán, 1994: 184.

El desorden y la desorganización fueron los rasgos que definieron este tipo de comercio, ya que se congestionaba con “*mesas de mercachifles*”, negras vendiendo pescado e indias ofreciendo frutas en las esquinas con gran número de canastas. A través del tiempo, las autoridades prohibieron reiteradamente la venta de pescado frente a la catedral, obligando a las vendedoras a moverse a la calle Pescadería en el lado este del palacio de los virreyes. Esta disposición fue sin embargo, escasamente acatada.

La situación se complicaba aun más, por los tenderetes instalados en los portales edificadas en los lados sur (Botoneros) y oeste (Escribanos) de la plaza, los cuales contaban con mesas y bancos, que dificultaban el tránsito de los peatones y obstaculizaban el acceso a los propietarios de viviendas con frentes sobre la plaza. Al respecto y durante el último tercio del siglo XVI, el cronista Fray Reginaldo de Lizárraga reseñaba que “[...] *estos portales adornan mucho la plaza y defienden del sol a los tratantes [...] debajo de estos portales hay muchos oficiales de todo género que en la plaza se sufre haya*”³⁷.

A principios del siglo XVII, esta situación caótica obligó al virrey Luis de Velasco, marqués de Salinas, a conceder mediante una provisión, la instalación de unos “*tendejones de madera en la plaza de la ciudad*”³⁸. Estos debían ubicarse desde la esquina de los Mercaderes (actual Jirón de la Unión) hasta la calle de la Iglesia Mayor, es decir delante del Portal de Botoneros, dejando un estrecho pasaje entre éstos y los portales. Dichos tendejones pasaron rápidamente a ser conocidos con el nombre de “*cajones*”. En breve los vecinos iniciaron un proceso judicial, alegando que les dificultaba el acceso a sus viviendas y que además su instalación deformaba el diseño de la plaza al ser estables y cerrados. El fallo fue a favor de los vecinos debiendo ser retirados del lugar³⁹.

Frente a la escasez de rentas que tenía el Cabildo, las autoridades ediles solicitaron reiteradamente al virrey el permiso para arrimar al palacio tales cajones. En 1617 el virrey Felipe de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, concedió finalmente la autorización. Fue así que se instalaron y para 1644 había cuarenta y dos cajones que rentaban seis mil quinientos pesos anuales⁴⁰. Del total, dieciséis estaban ocupados por panaderos y los restantes, por comerciantes que vendían “*mercaderías de buhonería y especiería*”⁴¹.

Ante el interés económico del Cabildo de instalar nuevos cajones en el contorno de la plaza mayor, el virrey Pedro Álvarez de Toledo y Leiva, marqués de Mancera (1639-48) tomó en cuenta el considerable número existente, no sólo en la plaza, sino en la calle hacia el oeste del palacio y en la parte posterior del mismo, algunos de los

³⁷ Fray Reginaldo de Lizárraga, 1968: 121.

³⁸ Libros de Cabildo de Lima, tomo XIV, 1534-1824: 163.

³⁹ María Antonia Durán, 1994: 187.

⁴⁰ Uno de los propietarios de tales cajones era el poeta y dramaturgo Juan del Valle Caviedes, conocido popularmente como “*el poeta de la Ribera*”. Esto generó que ese frente de tenderetes se conociera hasta bien entrado el siglo XIX con el nombre de “*cajones de Ribera*”.

⁴¹ AGI, Lima: 47, s/foliar.

cuales no se habían logrado arrendar en años y en caso de estar alquilados, rentaban muy poco. La negativa del virrey fue sustentada en razones de tipo castrense. Los piratas y corsarios asolaban permanentemente las costas, amenazando en especial el puerto del Callao y la ciudad de los Reyes. Por este motivo, era imprescindible que la tropa estuviese debidamente adiestrada y constantemente en estado de alerta. Para dicha instrucción militar era necesaria la plaza mayor. De aceptar la instalación de más cajones, el espacio disponible se vería reducido de forma considerable, impidiendo los normales alardes y ejercicios⁴².



Sector norte de la plaza mayor de Lima. A la derecha el palacio de los virreyes, con los cajones y tenderetes comerciales. Al fondo, el palacio arzobispal y la antigua calle Arzobispo, hoy Jirón Junín. Imagen atribuida a Eugène Maunoury, alrededor de 1865. Archivo Fotográfico Eugène Courret, Lima: 1860-65.

Los múltiples usos y funciones de la plaza mayor, generaron consecuentemente que los solares y las particiones menores de estos, hayan tenido un valor económico que iba progresivamente disminuyendo conforme se alejaban de dicho espacio público. Una función indirecta fue aquella de constituir un patrón referencial concreto del valor del suelo. Esta percepción fue consolidada a partir de mediados del siglo XVII cuando el maestro mayor Fray Diego Maroto, alarife del Cabildo, propuso que en relación a la

⁴² María Antonia Durán, 1994: 188.

tasación de los inmuebles, el precio de la vara cuadrada debía estimarse de acuerdo a la distancia del lote con relación a la plaza mayor⁴³.

Este espacio urbano tuvo un uso particular en situaciones excepcionales. Se transformó en refugio, sitio de vivienda temporal y culto religioso transitorio de sus habitantes, después de los temblores de tierra y seísmos de variadas magnitudes que sacudieron la capital entre los siglos XVI y XVIII. La ciudad fue estremecida por intensos movimientos telúricos desde los primeros años de su andadura urbana, documentándose el primero de ellos en 1553, menos de dos décadas después de su fundación. A lo largo de su historia virreinal, sufrió el embate de nefastos terremotos, el primero de los cuales fue en 1586 y el postrero —acompañado de un maremoto— en 1746. La plaza fue el último cobijo para los supervivientes. La referencia de 1646 ilustra esta situación al señalar que:

*“[...] los moradores de ella deben tener siempre presente que en el espacio de ciento sesenta años que han corrido desde mil quinientos ochenta y seis hasta el presente han acaezido treze terremotos funestos [...] sin hazer cuenta de los ynfinitos pero cortos que se han experimentado en el mismo intervalo”*⁴⁴.

Después del terremoto de 1687, el virrey Melchor de Navarra y Rocafull, duque de la Palata, se mudó a la plaza —conjuntamente con su familia— para habitar en una vivienda temporal durante unos cuatro meses⁴⁵. Pasado ese tiempo, decidió volver al palacio para habitar en unos cuartos hechos de tablas. Tomó dicha resolución, para obligar a los demás pobladores a dejar la plaza y demoler los ranchos provisionales que habían edificado.

El terremoto del 30 de octubre de 1746, fue el más destructivo de la historia virreinal de la ciudad. De las 3.000 viviendas que tenía la urbe, quedaron en pie solamente una veintena. Casi todos los templos cayeron por los suelos⁴⁶. La población que sucumbió en la ciudad de Lima como consecuencia del seísmo, de acuerdo al conteo realizado por los encargados del virrey José Antonio Manso de Velasco, fue de 1.141 habitantes, de una ciudad con un número de vecinos próximo a los 60.000⁴⁷. Muchos más murieron en los días y semanas siguientes, ya sea porque quedaron malheridos y atrapados bajo los escombros, como por las epidemias que asolaron a los supervivientes. Todo ello causó unas 4.000 muertes más, es decir que el seísmo de manera directa o indirecta causó la muerte de poco más de la octava parte de la población urbana de Lima. La plaza mayor una vez más albergó al virrey, que se mudó en unas habitaciones provisionales acondicionadas para tal fin. En el espacio

⁴³ Gabriel Ramón Joffré, 2002: 270.

⁴⁴ AGI, Audiencia de Lima, 1646, 511, f. 15.

⁴⁵ El terremoto por su intensidad habría podido provocar tantas muertes como el de 1746, pero una sacudida ocurrida unos momentos antes, puso en alerta a la población que salió despavorida de sus casas. El arzobispo Melchor Liñán y Cisneros en su carta al rey, fechada en 3 de diciembre de 1687, afirma que los muertos en Lima, sin tomar en cuenta el puerto del Callao, fueron unos quinientos. AGI, Audiencia de Lima, 304.

⁴⁶ Charles Walker, 2012: 113.

⁴⁷ Pablo Pérez-Mallaina, 2001: 60-75.

libre de la plaza y las restantes plazuelas de la ciudad, los sobrevivientes se apiñaron en pequeños ranchos.

El miedo cundió entre los habitantes, ya que corrían voces que la tierra podía abrirse en profundas gargantas o el mar llegar desde el Callao y engullirlos a todos. Las angustias se fueron sosegando paulatinamente con oraciones y procesiones. El mismo día del terremoto y por la tarde, comenzó la primera de muchas demostraciones públicas de fe. Los religiosos mercedarios llevaron en andas desde su iglesia y hasta la plaza mayor, a la Virgen de la Merced, colocándola en una pequeña capilla provisional para el consuelo de los dolientes. A partir de ese día, la plaza mayor se convirtió en el sitio donde se clamaba perdón y misericordia a Dios. Los frailes recorrían las calles con sogas al cuello y pesados cilicios en el cuerpo. Al llegar a plaza se hacían azotar suplicando compasión al Padre Eterno, los enemigos se perdonaban mutuamente, los amancebados se desposaban y los pecadores confesaban sus culpas⁴⁸. En breve, la plaza mayor de los Reyes se convirtió en el sitio para el arrepentimiento y sacrificio colectivo de la sociedad limeña, que invocaba clemencia a Dios.

La reconstrucción de la ciudad bajo el liderazgo del virrey José Antonio Manso de Velasco (1745-1761), después del devastador terremoto de 1746, no fue una tarea ni sencilla, ni breve. Casi un año después muchas calles de la ciudad seguían llenas de escombros. Todas las iglesias estaban derruidas o por lo menos se hallaban en tan mal estado, que habían quedado inservibles. Entre ellas se hallaba la catedral, reducida a escombros y con sus airoas bóvedas por los suelos.

El fallecimiento del rey Felipe V y la entronización de Fernando VI, pusieron al virrey en el trance de no contar con una iglesia apropiada para celebrar las honras fúnebres⁴⁹. La solución transitoria fue edificar en la plaza mayor y al lado del mercado, una gran capilla de madera con tres naves. El 7 de agosto de 1747, en dicha modesta iglesia se llevaron a cabo las celebraciones luctuosas por el monarca fallecido. Evidentemente aun quedaba por organizar la fiesta en la cual se proclamaba al nuevo rey. Para entonces, las familias más prominentes de Lima, que se habían desplazado a vivir en sus haciendas y estancias en la periferia de la ciudad, ya habían retornado.

Estas serían las encargadas de darle a la fiesta el tono de boato y fastuosidad que tanto necesitaba Lima para sentir que estaba volviendo a la normalidad. La plaza mayor por entonces, todavía estaba repleta de ranchos y chozas de los sobrevivientes y desamparados del terremoto y muchas calles todavía eran intransitables. El virrey dispuso la limpieza de las calles aledañas a la plaza mayor y desalojó las chozas y bohíos temporales situados entre la catedral y el mercado, en el cuadrilátero de la plaza. El 23 de septiembre de 1747, se iniciaron los festejos de proclamación con todo el lujo y esplendor que las circunstancias permitieron. Comenzó así una activa etapa de reconstrucción, que prosiguió a buen ritmo hasta

⁴⁸ Pablo Pérez-Mallaina, 2001: 89.

⁴⁹ Manuel Atanasio Fuentes y Ambrosio Cerdán de Landa, tomo IV, 1859: 127 y ss.

finales de mayo de 1755, cuando con ocasión de la fiesta del Corpus Christi, fue inaugurada una parte de la reconstrucción de la catedral:

“[...] la iglesia quedó acabada en el cañón principal y en la nave del lado del evangelio, no así en la nave del otro lado en la que fue preciso continuar el trabajo hasta su remate. Terminóse a los tres años todo lo que estaba pendiente, y el día 8 de diciembre de 1758 apareció dicha nave expedita, y en completa armonía en la celebridad de la fiesta de La Purísima Concepción”⁵⁰.

Este significativo hecho, es un claro indicador que Lima estaba lentamente transitando por el camino de la recuperación. Con el restablecimiento de la ciudad, las dificultades del comercio en la plaza mayor se agudizaron, ya que habían desbordado los límites de la misma, extendiéndose desordenadamente a las calles aledañas. El gobierno del virrey Manuel de Amat y Junient (1761-76), dispuso el reordenamiento del mercado de la plaza mayor, organizándolo por pasajes de acuerdo a los productos expendidos, lo cual estructuraba mejor las ventas y favorecía el control visual de las autoridades edilicias. Entre tanto, se discutía acerca de la urgente necesidad de edificar un cementerio a extramuros de la ciudad, para paliar los problemas de higiene y salud públicas. El proyecto borbónico de un nuevo ordenamiento urbano estaba en marcha, a pesar de las fuertes resistencias de sus habitantes.

3. La plaza mayor en los siglos XIX y XX.

A comienzos del siglo XIX, la plaza mayor fue descrita por algunos viajeros, entre los cuales se halla William Bennet Stevenson, quien reiteraba la vocación de esta como mercado. Con una visión propia del Romanticismo del momento, al describir los puestos, agrupados por productos de expendio, nos transporta imaginativamente hasta la “*calle del peligro*”. Se trataba de uno de los pasajes en los que había sido organizado el mercado para la venta de flores frescas y olorosas. El peligro estaba en las hermosas mujeres, que transitaban por allí ya que:

“[...] todo junto convencería a un extraño que ha encontrado a las Musas vagando por los jardines del encanto. Cerca del lugar hay una fresquera que vende limonada helada, jugo de piña, leche de almendra, jugo de granada [...] oportunidad para el galanteo. No es ninguna exageración de parte de los limeños cuando aseguran que tienen uno de los mejores mercados del mundo”⁵¹.

En la primera década decimonónica, la plaza mayor siguió siendo el sitio predilecto para las reuniones sociales informales a la salida de la catedral. Un aspecto profundamente arraigado con el misticismo popular no obstante, se perdió para siempre. Las inhumaciones en el subsuelo de las iglesias y en los atrios frente a las mismas —consecuentemente también dentro y frente de la catedral— fue estrictamente prohibido. El proyecto borbónico, implementado por el virrey Fernando de Abascal y Sousa, marqués de la Concordia (1806-16), de llevar a cabo la construcción de un cementerio general al exterior de la muralla perimetral de la

⁵⁰ Enrique Torres Saldamando, 1888, Apéndice 9: 241-267.

⁵¹ William Bennet Stevenson, 1994: 134.

ciudad, fue rápidamente llevado a cabo. La monumental obra, diseñada por el Presbítero Matías Maestro, fue inaugurada en 1808, cambiando para siempre una de las vivencias barrocas más arraigadas en la plaza mayor.

Paralelamente, las revueltas impulsadas por los criollos en las primeras dos décadas del siglo XIX, a favor de la independencia de la corona española, generaron la reacción de los virreyes que gobernaron por aquellas décadas. Estos optaron por transformar la ciudad entera en un bastión de los realistas. En la plaza mayor, este cambio sociopolítico se dejó sentir intensamente, ya que el cuadrilátero pasó a ser usado casi permanentemente para la instrucción y ejercitación militares. Fue así que en 1818, un asentista de toldos y asientos de la plaza, solicitó al Cabildo una rebaja en el precio del arrendamiento debido al “sitio que se le había privado para las tropas”⁵².



El mercado a partir de 1825 fue reubicado en la antigua plaza de la Inquisición, manteniendo su desorden generalizado, el mismo que fue descrito por Johann von Tschudi hacia 1840 y representado en este óleo por el viajero Juan Mauricio Rugendas en 1843. Imagen publicada por Carlos Milla Batres, 1975: lámina 73.

Con la Independencia, alcanzada en 1821, la plaza cambió definitivamente de aspecto, organización espacial y funcionamiento. Por disposición oficial de las nuevas autoridades, los elementos alusivos al antiguo régimen virreinal fueron rápidamente eliminados o dejados de lado. Un cambio irreversible fue la remoción del antiguo tianguéz o mercado de abastos, símbolo colonial que perduró durante casi tres siglos. Este fue reubicado por corto tiempo en las plazuelas de las iglesias de San

⁵² Libro de Cabildo de Lima, 4-VII-1818, 10-VII-1818. Citado por Gabriel Ramón Joffré, 2002: 282.

Agustín y San Francisco⁵³, manteniendo su estructura espontánea y desorganizada. Hacia 1840, el viajero alemán Johann von Tschudi describió el mercado principal de abastos, situándolo en la antigua plaza de la Inquisición⁵⁴.

El cambio republicano definitivo comenzó a mediados del siglo XIX. Por entonces, la plaza ostentaba un suelo empedrado con guijarros, con los aguateros que todavía se proveían del agua que manaba de la pila de bronce instalada a mediados del siglo XVII. Con la introducción en 1855 de las cañerías de hierro, para conducir el agua potable directamente a las viviendas, la función tradicional de la fuente cambió. Después de tres siglos de funcionar como el punto principal de abastecimiento de agua para muchos de los pobladores de la urbe, pasó a ser un elemento decorativo integrado dentro de un nuevo concepto, el de plaza ornamental.



Plaza mayor de Lima a finales del siglo XIX. La fuente está rodeada por un pequeño jardín de forma octogonal. Se agregaron bancas para el esparcimiento pasivo y esculturas de mármol representando deidades griegas. Vilroy Richardson (atribuida), alrededor de 1875. Colección del Centro de Documentación de América Latina CEDODAL, Buenos Aires.

Contemporáneamente comenzaron las grandes transformaciones a nivel formal, las cuales sin duda se reflejaron de inmediato en el funcionamiento de la misma. El espacio fue dividido geométricamente en sectores triangulares, delimitados por sendas rectas construidas con baldosas, para facilitar el tránsito de los peatones desde los bordes de la plaza. Alrededor de la fuente se organizó un jardín octogonal poblado con arbustos bajos. Esta pequeña área verde fue rodeada con bancas para

⁵³ Robert Proctor, 1920: 121.

⁵⁴ Johann von Tschudi, 1966: 146.

los transeúntes, ofreciendo la plaza por primera vez la posibilidad de un esparcimiento pasivo. A corta distancia, el octógono se repitió de manera virtual, con ocho esculturas de mármol representando deidades griegas. El mobiliario urbano se completó con la instalación de faroles a gas. En el contorno se creó una acera empedrada, donde fueron intercalados árboles con copas redondeadas.

Durante el último tercio del siglo XIX, el estudioso y viajero Charles Wiener, describió la plaza mayor con un intenso desencanto. Rememorando la sensibilidad y matices que revelaban los dibujos y pinturas de los álbumes de viajes del diplomático francés Leonce Angrand —quien residió en Lima entre 1834 y 1839— escribió apesadumbrado que esa aura de misticismo que tenía la ciudad y su plaza mayor, habían desaparecido irremediamente. En su relato describe la noche del Viernes Santo en la plaza, como una de las escenas más extravagantes que le tocó presenciar. Todos los habitantes estaban allí reunidos, hombres y mujeres vestidos y enguantados de luto. Mientras tanto, unas mujeres negras vendían a lo largo del frontispicio de la catedral, comida asada al fuego de unos leños, mientras que los gritos roncós de los vendedores ambulantes, se mezclaban con el sordo rumor de la muchedumbre. Refiere que:

“[...] hay con seguridad pocos sitios en la tierra en donde la comedia y el drama humano y social hayan sido representados con una inspiración más diabólica, donde se haya bailado la cueca⁵⁵ con más entusiasmo [...] donde se haya matado más alegremente, y donde se haya olvidado más rápido y más completamente las enseñanzas de la víspera”⁵⁶.

El semblante comercial de la plaza, vinculado con la larga y muchas veces conflictiva presencia de los cajones y tenderetes, arrimados desde comienzos del siglo XVII a la pared del entonces palacio del virrey, no llegaron a ver el alba del siglo XX. A comienzos de diciembre de 1884, estalló un incendio en uno de los “cajones de Ribera”, el cual rápidamente se propagó a los restantes y a la balconada frontal del Palacio de Gobierno, quedando toda la fachada y parte del interior del inmueble reducido a cenizas⁵⁷. Las obras de reparación en el interior del palacio, así como el frontispicio sobre la plaza, fueron ejecutadas en 1886 bajo el gobierno del general Andrés Avelino Cáceres. Fue una obra modesta de diseño neoclasicista.

Al comenzar nuevo siglo, los diseños impulsados por el mito del progreso y la modernización, se cernieron sobre la plaza mayor de Lima. Los sectores empedrados fueron convertidos en jardines, donde se plantaron palmeras regias. En pocos años estas generaron un tupido bosque que escasamente permitía ver los edificios que delimitaban la plaza, sin contar que generaban un paisaje tropical escasamente acorde con la realidad climática de la ciudad. El contorno de la plaza comenzó a ser utilizado para desfiles militares con ocasión de las Fiestas Patrias o la recurrencia de aniversarios castrenses, función que ha perdurado hasta años recientes.

⁵⁵ Baile de pareja suelta, en el que se representa el galanteo y asedio amoroso de un hombre hacia una mujer.

⁵⁶ Charles Wiener, 1993: 24.

⁵⁷ Ministerio de Fomento y Obras Públicas del Perú, 1938: 275.



1. Sector noreste de la plaza mayor a finales del siglo XIX. Al fondo el edificio de la Municipalidad, con una propuesta arquitectónica historicista. Hacia la derecha se observan los restos del incendio producido en 1886 en los “cajones de Ribera”, que arrasaron con buena parte del Palacio de Gobierno. 2. Tupida arborización de palmeras en la plaza mayor hacia 1910. Imágenes: Colección de postales de Lima antigua, 2003.

A partir de la segunda década del siglo XX, fueron impulsados una serie de proyectos urbanos y arquitectónicos, los cuales tenían por objeto la celebración del primer centenario de la Independencia y los cuatro siglos de la fundación de Lima. La noche del 3 de julio de 1921, cuando faltaba menos de un mes para las celebraciones del Centenario de la Independencia, el Palacio de Gobierno sufrió un grave incendio que destruyó gran parte de la edificación. En 1926, el presidente Augusto Leguía encargó

al arquitecto francés Jean Claude Sahut el diseño del nuevo proyecto, pero las obras debieron paralizarse en 1930 debido a un golpe de estado. Fue recién en 1937 cuando el entonces presidente Oscar Benavides, ante el fallecimiento de Claude Sahut en París, optó por encargar al arquitecto Ricardo Malachowski la continuación de la obra, que culminó un año más tarde.

La ejecución de un conjunto de proyectos innovadores alrededor de la plaza, abarcaron desde 1920, prolongándose por razones muy diversas, hasta mediados de 1944. Estos generaron la fisonomía de la plaza mayor que tenemos al presente y que manifiesta una ruptura definitiva e irreversible con su pasado. Fue así que en 1922 finalizó la construcción del Palacio Arzobispal de diseño neocolonial, con una propuesta absolutamente distinta a la virreinal. En 1938 fue inaugurado el flamante Palacio de Gobierno. Esto motivó que en 1940 el Cabildo dispusiera la renovación y homogenización de los frontispicios pertenecientes a los antiguos portales de Botoneros y Petateros, siguiendo un diseño neocolonial cargado de eclecticismo. Por último, en 1944 fue estrenado el nuevo Palacio Municipal.

La plaza también fue objeto de reformas, ya que la construcción del Palacio de Gobierno suscitó la modernización de dicho espacio público. La inauguración de la nueva sede del gobierno motivó que el Municipio llegara a un acuerdo con el Ministerio de Fomento, para que las palmeras plantadas a comienzos de siglo “[...] fueran taladas ya que afean dicha plaza y [se proceda a] la plantación de ocho grandes cedros del proyecto del Arquitecto Malachowski”⁵⁸. A continuación fueron ensanchadas las calzadas, con la finalidad de otorgar mayores facilidades al tráfico y al estacionamiento de vehículos, así como el tránsito del tranvía. Con esta solución, el área propiamente de la plaza fue considerablemente reducida.

Paulatinamente fue perdiendo cada vez más su función de centro cohesionador de la sociedad limeña. La población lentamente abandonó el “damero de Pizarro” y se trasladó a vivir en los suburbios, generando de esta manera otros espacios públicos alternativos, donde las posibilidades de esparcimiento y comercio eran más acordes con las necesidades y requerimientos recientes. Las reclamaciones y reivindicaciones sociales que hasta el segundo tercio del siglo XX, tuvieron como escenario la plaza mayor, terminaron por reubicarse en otros espacios públicos más vinculados con la vida política del país. En la actualidad, solamente ha perdurado una expresión colectiva que nos retrotrae a los siglos precedentes. Se trata de las procesiones en honor al Señor de Milagros, las cuales cada año en el mes de octubre convocan a miles de personas que recorren piadosamente las calles de Lima, constituyendo la procesión numéricamente más grande de América. El punto culminante que perdura en el tiempo histórico, es el ingreso de las andas del Cristo Crucificado a la plaza mayor en medio del júbilo de los fieles que lo acompañan hasta la catedral.

⁵⁸ Boletín Municipal N° 1407, 30 de junio de 1938: 32.

En la actualidad la plaza mayor de Lima, solamente exhibe un elemento de su pasado: la fuente de agua. Es la misma que en un lejano 1651, hizo estallar de alborozo a los pobladores, cuando de sus caños brotó límpida y saltarina el agua proveniente de los manantiales de Cachuasi. En su cúspide, entonces como ahora, la figura de la Fama —popularmente conocida como el “*turututú*”— contempla impávida el correr de la historia de la plaza y las vivencias de sus habitantes.



La plaza mayor a finales del siglo XX. Al fondo el último Palacio de Gobierno diseñado por el arquitecto Jean-Claude Sahut y concluido por el arquitecto Ricardo Malachowski en 1937-38. A la derecha el Palacio Arzobispal de diseño neocolonial. Al centro de la plaza se mantiene la fuente de bronce colocada allí a mediados del siglo XVII. El tratamiento paisajístico de sus jardines va cambiando casi cada lustro, con propuestas muy disímiles entre sí y poco vinculadas con su desarrollo histórico. Imagen: Daniel Giannoni, 1996.

Bibliografía y fuentes documentales.

Archivo General de Indias (AGI). Audiencia de Lima.

Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima Metropolitana. Serie Cabildo-Colonia, sección Consejo, Libros de Cabildo de Lima, 49 tomos, 1534-1824.

Angrand, Leonce. *Imagen del Perú en el siglo XIX*. Lima: Editorial Milla Batres, 1972.

Anónimo. *Monografías históricas sobre la ciudad de Lima*. 2 tomos. Lima: Concejo Provincial, 1935: 402.

Bromley, Juan y José Barbagelata. *Evolución urbana de Lima*. Lima: Lumen, 1944.

— *Las viejas calles de Lima* [manuscrito sin publicar], 1962. Publicado en línea en: <http://goo.gl/isN0V7> [Consulta: 13.06.2015]. Lima: Municipalidad Metropolitana, 2005.

Busto, José Antonio del. *Historia General del Perú. Descubrimiento y Conquista*. Lima: Studium, 1978.

Cieza de León, Pedro de [1543]. *La crónica del Perú*. Tercera parte. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1987.

- Cobo, Bernabé [1653]. *Historia de la fundación de Lima*. Lima: Imprenta Liberal, 1882.
- Durán, María Antonia. *Fundación de ciudades en el Perú en el siglo XVI*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1978.
- Lima en el siglo XVII, *arquitectura, urbanismo y vida cotidiana*. Sevilla: Excelentísima Diputación Provincial de Sevilla, 1994.
- Estabridis, Ricardo. Los grabados de túmulos efímeros en Lima colonial. *Revista Letras*, no. 95-96 (1998): 33-66.
- Fuentes, Manuel Atanasio y Ambrosio Cerdán de Landa. *Memoria de los vireyes que han gobernado el Perú durante el tiempo del coloniaje español*. Tomo IV, Lima: Librería Central de Felipe Bailly, 1859.
- Günther, Juan. *Planos de Lima, 1613-1983*. Lima: Municipalidad de Lima Metropolitana y Petróleos del Perú, 1983.
- Hampe, Teodoro. Descubrimiento, conquista y virreinato, siglo XVI. *Compendio Histórico del Perú*. Tomo II, Lima: Editorial Milla Batres, 1993.
- Lizárraga, Fray Reginaldo de. *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, Madrid: Atlas, 1968.
- Ministerio de Fomento y Obras Públicas del Perú. *De la vieja casa de Pizarro al nuevo palacio de gobierno*, Lima: Talleres Torres Aguirre, 1938.
- Mugaburu, Josephe de y Francisco de Mugaburu. *Diario de Lima (1640-1694)*. Tomo II, Lima: Imprenta C. Vásquez, 1935.
- Mujica, Ramón. *Rosa Limensis: mística, política e iconografía en torno a la patrona de América*. México: Fondo de Cultural Económica e Instituto Francés de Estudios Andinos, 2005.
- Negro, Sandra. La plaza mayor de Lima. *La plaza mayor de Las Palmas de Gran Canaria y las plazas mayores Iberoamericanas*. Las Palmas de Gran Canaria: Fundación Canaria Mapfre Guanarteme, 2009, p. 245-276.
- Espacio y ritualidad en Lima en el siglo XVIII: Una fiesta religiosa barroca en la alameda de los Descalzos. *Allpanchis Puthuringa*, no. 70 (2009): 24-26.
- Pérez-Mallaina, Pablo. *Retrato de una ciudad en crisis. La sociedad limeña ante el movimiento sísmico de 1746*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto Rica Agüero, 2001.
- Porrás Barrenechea, Raúl. Jauja, la capital mítica. *Revista Histórica*, no. 18 (1940-1950): 117-148.
- Proctor, Robert. *Narraciones del viaje por la cordillera de los Andes y residencia en Lima y otras partes del Perú en los años 1823 y 1824*. Buenos Aires: Vaccaro, 1920.
- Ramos, Rafael. *Arte festivo en Lima virreinal*. Sevilla: Consejería de Cultura y Medio Ambiente, 1992.
- Ramón Joffré, Gabriel. El umbral de la urbe: usos de la plaza mayor de Lima, siglos XVII-XIX. *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*, México: Instituto de la Cultura de la Ciudad de México, 2002, p. 265-288.
- Rostworoski, María. *Señoríos indígenas de Lima y Canta*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1978.

— *Historia del Tahuantinsuyu*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1988.

Rugendas, Juan Mauricio. *El Perú romántico del siglo XIX*. Lima: Editorial Milla Batres, 1975.

Salcedo, Jaime. El modelo urbano aplicado en América española: su génesis y desarrollo teórico práctico. *Estudios sobre urbanismo iberoamericano, siglos XVI al XVIII*. Sevilla: Equipo 28, 1990.

Stevenson, William Bennet. *Narración histórica y descriptiva de 20 años de residencia en Sudamérica*. Quito: ABYA-YALA, 1994.

Suardo, Juan Antonio, *Diario de Lima (1629-1634)*. Tomo I, Lima: Imprenta C. Vásquez, 1935

Tschudi, Johann von. *Testimonio del Perú, 1838-1842*. Lima: Talleres Gráficos P.L. Villanueva, 1966.

Torres Saldamando, Enrique. *Libro Primero de Cabildo de Lima*. Tomo I, París: Paul Dupont, 1888.

Walker, Charles. *Colonialismo en ruinas. Lima frente al terremoto y al tsunami de 1746*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012.

Wiener, Charles. *Perú y Bolivia: relato de viaje seguido de estudios arqueológicos y etnográficos y de notas sobre la escritura y los idiomas de las poblaciones indígenas*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos y Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1993.